

LAS VUELTAS DEL ODIO. GESTOS, ESCRITURAS Y POLÍTICAS

THE TWISTS AND TURNS OF HATRED. GESTURES,
WRITINGS AND POLITICS

Francisco Hernández Galván*

El encuentro entre Gabriel Giorgi y Ana Kiffer es la producción de una estridencia. Me refiero, por supuesto, a la creación de un registro afectivo ruidoso. A un registro del odio que, en su calidad magmática, no solamente es sonora sino estrepitosa y violenta. Lo que se conjuga aquí es más que una reflexión a dos voces, a cuatro manos; más que la territorialidad geopolítica brasileña y argentina. Lo que hierve en *Las vueltas del odio* es el combate. El ruido. La furia. El simulacro. La escritura. Una destilación entre la estética de los afectos, la materialidad extendida del discurso, la gestualidad de los cuerpos: una crítica a la circulación política del odio en el cono-sur contemporáneo.

Los ensayos de Giorgi y Kiffer van más allá de aquello que Roberto Bolaño ponía en la boca de García Madero: “hay momentos para recitar poesía y hay momentos para boxear” (Bolaño, 2014:16). En *Las vueltas del odio* se ensaya cómo recitar arriba del cuadrilátero, con la máscara puesta. O bien, sobre cómo combatir poéticamente debajo del ring. Por esas razones, mantendré la premisa en forma de interrogantes ¿es posible disociar el odio, en tanto afección política, de su desarrollo ontológico como *metralla giratoria* respecto a su cacofonía poética?, ¿existen momentos para pensar al odio como una locución sensible del ‘socius’ y otra esencialmente como arma de combate? ¿Hay momentos para recitar una poesía del odio y hay momentos para boxear odiando?

Si bien, «Arqueología del odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad» el ensayo de Giorgi y «El odio y el desafío de la relación. Escrituras del cuerpo y afecciones políticas» el ensayo Kiffer acentúan particularidades distintas, me parece que el diálogo, por supuesto, entrelaza y complejiza las situaciones de movilización del odio contemporáneo. En este sentido, hablaré de ambos análisis plegando sus iluminaciones bajo la misma constelación afectiva.

En *Las vueltas del odio* se iluminan tres instalaciones plásticas: *Diarios del odio* de Roberto de Jacoby y Syd Krochmalny (2014-2016), *Odiolândia* de Giselle Beiguelman (2017) y *Menos um* de Verónica Stigger (2014) en las que se observa, a

* Maestro en Antropología Social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Licenciado en Psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; FranckHG93@gmail.com

través de la escritura y el montaje, cómo emergen ciertas retóricas e imaginarios sobre las certezas conservadoras. El análisis rehúye a las figuraciones y los objetos que el odio aparentemente encarna. En otras palabras, corriéndose de su obstaculización constante sobre pensamientos morales no se acentúa la sentencia *el odio es malo e indeseable*. Por el contrario, una de las apuestas es pensar cómo el odio, en tanto afecto colectivo, se vuelca o se enraíza en maquinarias pedagógicas que limitan cómo realiza una praxis a la vez que suscribe subjetividades.

Estamos pensando, entonces, en la estridencia corporal del odio. Es decir, 1) sobre la inscripción del odio y, 2) sobre su escritura. El odio, nos sugiere Giorgi, contiene un material eléctrico. Una energía y una intensidad que modula las asambleas en el espacio público, los actos discursivos, los lugares simbólicos y, muy particularmente, se reorganiza a través de circuitos electrónicos. El odio contemporáneo se expande y se [re]territorializa. Se mueve a través de circuitos inalámbricos e informáticos, se mueve entre líneas y canales de fibra óptica.

El odio, como deseo, como energía pulsional, expresa una polaridad social neofascista disfrazada de libertad de pensamiento-opinión-creencia. El deseo del odio y el odio deseante convulsiona, acalambra y sacude los cuerpos anti-democráticos, fachos, machos contra la disidencia, contra las existencias moleculares. Primera hipótesis: Las gramáticas del odio son crispaciones e inscripciones sensitivas colectivas

El odio contemporáneo, éste que se practica en el presente continuo, se rehace bajo la forma escrita dibujando electrónicamente el paisaje de los públicos y los [contra]públicos. Así, los sistemas del imaginario, de la simbolización y la narración hacen visible su fuerza en los sistemas-cuerpos/sistemas-tecnológicos activando umbrales sensitivos y, tal como afirma Giorgi/Kiffer, a través del método de la estría los gesticula. Lo anterior se escenifica particularmente a través de los procesos gubernamentales. Por una parte, el odio que revistió con fuerza la administración de Jair Bolsonaro nos muestra que la idea de *sociedades democráticas* sigue siendo un concepto ilusorio y un proyecto [dis]tópico fútil para los cuerpos que sostienen un “deseo fascista por aniquilar vidas” (Giorgi, 2020: 8). El proceso democrático de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner y Dilma Rousseff –y, consiguientemente, el macrismo y el bolsonarismo–, argumenta Giorgi, causaron crispación. Aquello que se crispa aparece contraído abruptamente. Lo que se entiende por crispa tiene la forma de la irritación. Por otra parte, aquello que ya está crispado tiene la esperanza de descontracturarse.

Kiffer se cuestiona, en el contexto de la interacción, cómo nos escuchamos odiando, cómo nos relacionamos haciendo odio, haciendo-nos líneas de aborrecimiento. Regresando a la figura de Bolsonaro –de este *Trump sudamericano*– y las vueltas de su odio. Es más que necesario registrar el odio global que cae en su corporalidad. Estamos hablando de una atmósfera de registros multidireccionales que muestran las formas heteróclitas del odio, ¿Qué direcciona el odio o cuáles son sus líneas de movimiento? ¿Qué características delinean el objeto del odio y cuáles al objeto odiante? ¿Cuáles podrían ser los límites respecto a las afectaciones del repudio? La fuerza del odio, de su sustancia constitutiva, produce cuerpos, energía y colectividades en combate. Sí, Bolsonaro nos odia. Nosotrxs también lo odiamos.

Estas *guerras discursivas*, usando la conceptualización de Kiffer, son propias de nuestro momento temporal. Por eso pensamos en la discursividad más allá de aquello que nombramos con palabras. Las gesticulaciones, la cadencia de la carne son formas de

la narratividad en los contornos y límites del cuerpo. Las palabras mismas son un lugar de enfrentamiento, de lucha. No estamos contra el odio como afectación abstracta.

Estamos contra ese odio que se enlaza en la retórica neoliberal contra los sujetos precarizados/marginados que siempre se les catexiza de amenaza. Estamos en contra del odio con el que se reviste a la migrante, a la refugiada, a la negra, a la pobre, a la trans. Pero, también, estamos en contra del marica facho, de la feminista clasista, del marxista misógino. Odiamos esos odios que mueven y producen plusvalía de los cuerpos-amenaza.

En las palabras de Sara Ahmed (2000) la emoción del odio, muchas veces, se alinea con los cuerpos blancos formando una comunidad corporal que, en tanto movimiento emocional, proveen de sustancia a esa amenaza de invasión y contaminación de los cuerpos extraños. Así, tal como lo muestran Giorgi y Kiffer los sujetos no tendrían que estar presencialmente para dirigir su odio contra los cuerpos-amenaza. Segunda hipótesis: El odio político actúa por debajo y encima de la piel fabricando un complejo mecanismo de gestualidad y textualidad.

Ariana Harwicz, en un tweet reciente, compartía lo siguiente: “Acabo de darme cuenta, a la pregunta de dónde sale una novela, cómo se arma, cuándo se empieza y siempre digo, acopio material, tomar notas, investigación de campo. Pero no. Lo que tiene que haber antes es una lenta, lentísima, acumulación de odio y después solo escribir” (04/09/20. 7:19). Allí, en esa última línea escrita por Harwicz, no podía sacar de mi cabeza *Las vueltas del odio*, no podía dejar de pensar en la escritura de Giorgi y Kiffer.

Podemos imaginar que Harwicz se refería a una acumulación de odio para escribir un relato, para retratar el sentimiento de una mujer que repudia la maternidad o sobre un varón que narra su proceso judicial al ser acusado de un crimen. Sin embargo, sus líneas electrónicas alumbran algo que se conjunta en *Las vueltas del odio*. Obvio, hablo de la escritura. Pero no a la aparición, digamos, de la escritura de los sujetos odiantes sino, antes bien, a la escritura de Giorgi y Kiffer.

Me refiero al acto mental de conglomerar archivos de trabajo, a seleccionar los materiales del odio con los que se trabajará. A observar sistemáticamente las instalaciones, al leer comentarios electrónicos, al observar una y otra vez los gestos de quién gráficamente expulsa ese agrio olor genocida. Por último, me refiero a sentarse y escribir. ¿Cómo escribimos al trabajar con el odio de quienes no compartimos esa misma proliferación sensitiva? No es un odio incorpóreo, un odio ajeno. Es un odio lento y compulsivo. Lento y expansivo. Se escribe con el odio. Cada palabra se junta con otra para formar una elocución sensitiva que expresa el descontento, que se enmarca en la furia. La crispación, como anota Giorgi, es un reordenamiento de las prácticas de la escritura. Entonces, el odio escrito es un temblor.

Twitter es la germinación del odio electrónico, por ejemplo. Día con día se pueden leer multitudes de comentarios e imágenes que incitan al odio político. El tráfico del odio en internet instauro, paradójicamente, una participación política central en el mundo contemporáneo. Instauro, además, un campo abierto sobre las funciones estéticas de la escritura. Antes de preocuparnos por la participación entre posiciones políticas divergentes. Tendríamos que entender que esa lucha antagónica es –por supuesto, una lucha de clases, entre identidades sexuales-genéricas– entre cuerpos que se oponen. Efectivamente, como anota Kiffer, “son escrituras agónicas [...] que se agitan sin voz o lugar” (Kiffer, 2020:212). La escritura es gesto, es una posibilidad para el descontento. Y, sin embargo, tenemos en todas las pantallas conectadas a internet un odio militante.

Un odio que no cesa, que no descansa. La movilización de un odio estrepitoso y con el que convivimos.

Si afirmamos que “la palabra es nuestra conducta activa respecto a los reflejos [...] tanto para recogerlos como para suscitarlos” (Deleuze y Guattari, 1985: 284), el odio escrito mantiene toda la intención de producir quiebres subjetivos. El fascista siempre querrá un mundo que sude totalitarismo al igual que el capitalista siempre querrá que el mundo permanezca subordinado a las lógicas del dinero abstracto. El machista siempre querrá un mundo donde él tenga la última palabra. Nosotrxs queremos todo lo contrario.

Reflexionar el afecto contemporáneo, escribir sobre las gramáticas del odio político posibilita un margen de distancia. Esto es a lo que Deleuze y Guattari se referían al plantear que el sujeto que escribe siempre permanece en los límites de la frágil sociedad que habita. Esta condición fronteriza “lo coloca aún más en la posibilidad de expresar otra comunidad potencial, de forjar los medios de otra consciencia y de otra posibilidad” (Deleuze y Guattari, 1978: 30). La escritura en sí misma es una afectación haciéndose que posibilita y marca rupturas políticas.

La esperanza sigue siendo la alianza y la filiación de todas las disidencias. Por supuesto, una política del afecto de lxs minoritarixs. La praxis de *Las vueltas del odio* remarca la posibilidad de recitar una poesía del odio y boxear odiando, nos direcciona a seguir pensando cómo o a través de cuáles situaciones on/off/line podríamos entramar un diálogo del odio que pueda plantearse en el terreno desértico de la amoralidad, por supuesto, conspirar bifurcaciones espacio-temporales de odiar colectivamente y no lxs-unxs-a-lxs-otrxs.

Las vueltas del odio

Gestos, escrituras, políticas

GABRIEL GIORGI

ANA KIFFER



Bibliografía

- Ahmed, Sara. (2000). *Strange encounters. Embodied others in post-coloniality*. New York: Routledge Press.
- Bolaño, Roberto. (2014). *Los detectives salvajes*. México: Anagrama.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (1978). *Kafka por una literatura menor*. México: Ediciones Era.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Giorgi, Gabriel y Kiffer, Ana. (2020). *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

